

Un clásico del 68

Frantz Fanon,

Los condenados de la tierra,

prefacio de Jean-Paul Sartre y epílogo de Gérard Chaliand,

trad. de Julieta Campos,

FCE (Colección popular, núm. 47),

México, 2001, 320 págs.

Arturo Cantú

Desde 1961 hasta el 2001, el Fondo ha publicado trece veces el libro de Fanon. Según el epílogo se ha vendido por cientos de miles, tanto en francés como en inglés, y ha sido traducido a otros 15 idiomas. En los años del 68 mexicano fue una inspiración para muchos de los que participaron de un modo u otro al lado de los estudiantes. Traía una manera de ver y de decir las cosas a tono con las iluminaciones políticas de la hora, y se adelantaba con frescor y entusiasmo a defender y justificar los procesos de liberación del Tercer Mundo. Preveía, en un horizonte cercano, el surgimiento del "hombre nuevo". Hablaba, y sigue hablando casi medio siglo después, desde las antípodas de la corrección política, sin conceder nada al lenguaje de la academia ni a las convenciones establecidas. Era puro, ingenuo, entusiasta, verdadero, como los movimientos estudiantiles de aquel año.

Las luchas africanas, a más de cien años de distancia de las independencias latinoamericanas, con su prestigio de justicia y negritud, anteponían un espejo legítimo para las aspiraciones radicales. En el proceso de descolonización, decía Fanon, "el mínimo exigido es que los últimos sean los primeros" (pág. 40). El mundo escindido de las colonias —donde había una escuela para los europeos y otra para los indígenas; un orden jurídico para los dominadores y otro para los dominados; etcétera— se mezcla y unifica en la lucha de liberación. Por efecto de la violencia el colono y el colonizado se miran ahora al mismo nivel, como iguales en lucha. La violencia logra la transmutación igual

de ambos. A través de la guerra el colono pierde su dominio y el colonizado adviene a la dignidad de hombre pleno. La violencia humaniza. Al matar al colono, fuera de él mismo, mata también al colonizado, dentro de él mismo, y nace el hombre libre. "El pueblo, a quien [el colonizador] ha dicho incesantemente que no entendía sino el lenguaje de la fuerza, decide expresarse mediante la fuerza" (pág. 75).

En 1968, para los latinoamericanos, y quizá más para México, el libro de Fanon podía ser entendido como un manual de argumentos contra la dominación de unos hombres por otros, y al mismo tiempo como la historia de lo que les sucedía a otros hom-

bres, en otro continente, donde las colonias no acababan aún de zafarse de los colonos extranjeros y de los ejércitos de ocupación. Para los mexicanos, a más de un siglo de la Guerra de Independencia, y todavía dentro de la inercia programática de la Revolución de 1910, el mundo colonial de África parecía lejano, aunque la dominación era una realidad presente y actuante en todas las historias del continente americano. Por otra parte, sin embargo, al liberarse aquellos hombres africanos de los colonos y los ejércitos de ocupación, parecían quedar adelante de los pueblos latinoamericanos, que ya habían expulsado a sus propios colonizadores hacía más de un siglo, pero seguían colonizados por dentro. Era un libro sobre la época pasada de las independencias nacionales, y al mismo tiempo sobre la época futura del hombre nuevo. No era fácil comprenderlo entonces del todo, pero gran parte de su eficacia como texto movilizador, consistía en que cuando hablaba de dominados y de dominación, siempre refiriéndose al África, revelaba también, en Latinoamérica, la dominación interior de los más pobres y de los indígenas por los más ricos, y la sujeción hacia el exterior de estos mismos ricos. En las relaciones con los países hegemónicos, nuestra burguesía apostaba, como la africana, a perder en el largo plazo, y mientras tanto se preocupaba únicamente por acumular (pág. 159). Los negros de Fanon resultaban similares a nuestros mestizos e indígenas, y nuestros gobernantes “revolucionarios” se comportaban de manera parecida a los “esclavos manumisos” –los negros occidentalizados– que acababan formando la nueva burguesía de los estados nacientes. La verdad de la dominación sobre África se extendía imperceptiblemente hacia las formas más complejas de dominio que estaban ya en operación, sin necesidad de ejércitos extranjeros, en el continente americano. Inútilmente Fanon advertía a los estados africanos sobre la experiencia contemporánea de América Latina. Ni los africanos ni los latinoamericanos lo entendieron. Los europeos sí.

Pero lo que pasaba en 1968 podría tener poco interés, si es que alguno, para los que nacieron por esos días o después. Es evidente que ya no hay en el mundo colonias, en el sentido de una metrópoli que domina mediante un ejército de ocupación a un país

o un territorio con el fin de explotar sus materias primas y colocar allí sus productos industriales. Pero al releer el libro de Fanon, o al leerlo por primera vez, pareciera que está describiendo las notas distintivas de la situación del 2002: la interiorización de la superioridad cultural de las metrópolis; la pobreza de las grandes mayorías como algo inevitable y consustancial al régimen económico de los países dominados; los aparatos productivos siempre divergentes –el de los países subdesarrollados hacia el anquilosamiento y el de los desarrollados hacia la diversificación–; y los dos tipos básicos de burguesía –las nacionales como intermediarias, y las extranjeras como titulares de los grandes negocios–. En el caso de América Latina, y en el de África, la globalización consiguió sacar de la escena –y ahorrarse el costo– a los ejércitos de ocupación, que ya no son necesarios, pero conservó la esencia de la estructura distributiva en el interior y hacia el exterior. Durante la segunda mitad del siglo XX, ninguno de los países del tercer mundo, africanos y no africanos, de independencia nacional reciente o antigua, pudo crear una planta productiva autónoma como lo recomendaba Fanon. Su análisis, referido a las posibles desviaciones de los gobiernos africanos recién liberados, y al surgimiento y naturaleza de sus propias burguesías, es clarividente (pág. 151 y ss.). Puede ser leído, línea por línea, como la historia de la burguesía y la clase política del México de la segunda mitad del siglo XX.

*

El prólogo de Sartre sigue siendo diáfano, el epílogo, añadido desde la edición del 2001, es torpe y limitado. Está escrito, desde las certezas neoliberales, con el ánimo de disminuir la popularidad del libro. Pero no tiene ni la centésima parte del talento de Fanon. Según Chaliand, la guerra de Argelia fue, apenas, “un problema de particular agudeza” (pág. 305), siempre incierto ya que “quienes participaron de cerca en la acción... saben hasta qué punto los resultados son ambiguos...”, para concluir, en el colmo de la nueva objetividad, con un reproche típico: “la hora no era favorable para un balance sereno del colonialismo” (p. 306). Tal vez ahora sí lo sea. Un buen ejemplo del lenguaje políticamente correcto. ➤

Directorio

Director	Ricardo Pérez Montfort
Coordinador editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mauricio Ríos
Asist. editorial	Miriam Aguirre
Diseño	Lorena Howard
Publicidad y ventas	Jazmín Flores Yarcé

AL PIE DE LA LETRA es una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tel. 5616 2422, 5616 7211. E-mail: reunimex@servidor.unam.mx

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5,700 caracteres).